

## UMBRAL.

### SANAR LA CORRUPCIÓN.

Pbro. Dr. Manuel Olimón Nolasco.

Encabeza estos párrafos el título de un pequeño libro (60 páginas) de Jorge Mario Bergoglio, hoy el Papa Francisco, cuya reciente edición italiana, con un epílogo de Pietro Grasso, Presidente del Senado italiano y antes Procurador Anti Maffia, recibí generosamente de mi amigo Monseñor José Manuel del Río, del Pontificio Consejo de la Cultura. Esas páginas condensan el pensamiento expresado en dos reuniones de revisión pastoral, la última en 2005.

No se trata de una mirada alarmada ante el impacto de las noticias o de un prontuario de fáciles recetas para afrontar algo que bien puede compararse a una enfermedad. Se trata de una invitación a profundizar en una realidad que más que un mal externo, carcoma de las estructuras sociales y de convivencia –aunque lo es-- nace y crece en el interior de la persona. El pontífice, pues, no se inclina a señalar o a condenar, sino que conduce al lector a dirigir la vista a sus propios pasos y a la dirección de sus afectos, silencios y palabras, pues “de la abundancia del corazón habla la boca:” “Hoy se habla mucho de corrupción sobre todo en relación con la actividad política...Sin embargo, toda corrupción social es efecto de un corazón corrupto...Y el corazón es tal en cuanto es capaz de amar o de negar el amor. Por ello Jesús, cuando invita a conocer el corazón como fuente de nuestras acciones, llama nuestra atención sobre la adhesión a una finalidad de nuestro corazón inquieto: ‘Ahí donde está tu tesoro, está tu corazón’ (Mt 6,21)”

En línea continua con lo anterior, Bergoglio condujo su reflexión a la primera característica del corazón corrupto: la cerrazón en sí mismo. Y dando un paso audaz e iluminador, estableció la diferencia fundamental entre quien se reconoce pecador y lucha por ser congruente derrotando paso a paso las dificultades y quien se instala en una comodidad artificial, a la medida de su propia pequeñez disfrazada de superioridad, pues “el autosuficiente finalmente es esclavo del tesoro que se ha fabricado.”

Jesús encontró por los senderos de su vida a pecadores que se sabían tales, que mantenían, por consiguiente, abierta la comunicación con la fuente del perdón y fue para ellos bálsamo de alegría profunda. Y encontró también a quienes, encerrados en su “torre de marfil” se creían libres de culpa y por tanto de perdón y no pudo comunicarse

con ellos, pues el triunfalismo de su corazón corrupto los hacía impermeables al rocío de la gracia.

En los senderos del mundo actual existen estos dos géneros de personas y ciertos ambientes transformados en atmósferas de triunfalismo dan cobijo y falso ánimo a los corruptos: “El triunfalismo es el caldo de cultivo ideal para los comportamientos corruptos...el corrupto se siente vencedor, triunfa...la vanidad y la frivolidad, por ejemplo, son algunas de sus formas.”

Ilustra la diferencia entre el pecador y el corrupto: “A las prostitutas se les llama ‘mujeres de costumbres fáciles’ o ‘mujerzuelas.’ Se dice que su comportamiento corrompe la cultura y la buena educación. Pero la misma persona que dice lo anterior asiste a la fiesta del tercer matrimonio de una conocida después de su segundo divorcio o acepta que Fulana o Zutana tenga sus ‘aventuras’ con tal que sean de buen gusto o lee con interés las insatisfacciones amorosas de tal o cual actriz cinematográfica que cambia de marido como de zapatos...Hay diferencia entre la prostituta y la ‘señora sin prejuicios’. La primera no ha perdido el pudor; la segunda lo ha cambiado por una actitud transformada por los pretextos de las convenciones sociales.”

Si el ejemplo anterior no es suficiente, Francisco entra de lleno a la corrupción en la religión y la vida cristiana y religiosa: la mundanidad espiritual, “el humanismo pagano adaptado al ‘buen sentido’ cristiano.” Esta realidad corrupta se da cuando el evangelio se recorta para adaptarse a cierto “equilibrio” con las tendencias dominantes en la cultura circundante, cuando hay una autorreferencia y autoalimentación entre los miembros de una comunidad, cuando el ministerio sacerdotal se transforma en la “gerencia” de una institución o se confunde el voto religioso de castidad de los votos con una “soltería” libre de responsabilidades.

El Papa concluye: “La corrupción no es un acto; es un estado personal y social al cual uno llega a acostumbrarse. Los valores (o no valores) de la corrupción se integran en una cultura con capacidad doctrinal, lenguaje propio y manera de actuar peculiar. Es una cultura de ‘pigmeización’ [que hace pigmeos a los hombres.]”

La condición de “gigantes” proclamada por los corruptos engreídos, es en realidad la de pequeños pigmeos.

Ha sido éste sólo un adelanto de una lectura que debería hacer todo cristiano. Coincido con el Doctor Grasso: “El mensaje es tan claro que nadie podrá justificarse diciendo ‘no he entendido.’”